

Carmen Boulosa

**El libro de Ana**  
(Novela Karenina)

**S**iruela

Nuevos Tiempos

# Índice

## Primera parte (San Petersburgo, 1905. Enero, sábado 8)

1. La carrera de Clementine, la anarquista	17
2. Claudia y Sergio	21
3. Clementine se resguarda	27
4. Hacia el concierto	33
5. El correo del zar	37
6. En el teatro	38
7. De lo que hizo Giorgii, el cochero de los Karenin	43
8. El intermedio en el concierto	46
9. Cerca del puerto	50
10. Otras precisiones sobre Sergio	52
11. Kapitonich, el portero del Palacio Karenin	54
12. A la mesa, Claudia y Sergio	58
13. Aleksandra y Volodin hacia El Refugio	65
14. Nuestro gran momento	72
15. Con el Padre Gapón	73
16. Clementine sigue la noche	76
17. En la cocina del Palacio Karenin	79
18. ¡Moriremos!	83
19. La cena de los esposos Karenin	85

Segunda parte  
El Domingo Sangriento (9 de enero)

20. Annie Karenina sin Aleksandra	89
21. La respuesta de los Karenin al zar	90
22. Piotr	92
23. Las tres mujeres	95
24. La impaciencia de Claudia	97
25. Visitas inesperadas en el Palacio Karenin	100
26. ¿Qué demontres hacía el zar?	103
27. Volviendo a la cocina del Palacio Karenin	106
28. Las barbas del Pope	110

Tercera parte  
(El retrato de Karenina, y tres meses después)

29. El retrato de la Karenina	113
30. De Clementine	118
31. Los expertos juzgan el retrato	120
32. Vladimir	123
33. El origen de la propuesta de compra	125
34. Ya se va el retrato	127
35. Entre el sueño y el acorazado <i>Potemkin</i>	133
36. Remordimientos de Claudia	135
37. En manos de Claudia	137

Cuarta parte  
(Sin lugar o fecha)

38. Relato de hadas bañado en opio: <i>El libro de Ana</i> por Ana Karenina	141
--	-----

Quinta parte  
(San Petersburgo, junio de 1905)

39. Después de la lectura	175
40. La trama	179
41. Las cajas	181
42. Annie Karenina	186
43. El viento	188

—Dígame la verdad: ¿por qué se suicidó la mujer de su cuento?  
—¡Oh!, habría que preguntárselo a ella.  
—Y usted, ¿no lo podría hacer?  
—Sería tan imposible como preguntarle algo a la imagen de un sueño.

FELISBERTO HERNÁNDEZ

*En viaje hacia la redención,  
la luz no deja de pulsar.  
Creo en el amor porque nunca estoy satisfecho.  
Es mi salvaje corazón  
que llega justo a tiempo.*

GUSTAVO CERATI

*Any woman who spent her whole life with Tolstoy certainly deserves a good measure of sympathy.*

SUSAN JACOBY

*Ana escribe como un deporte para ejercitar su inteligencia... Lo que escribe es para jóvenes; nadie sabe más de esto que yo, porque yo fui quien enseñó el manuscrito a Vordkief el editor. Se lo llevé a él porque, como es también escritor, puede juzgar... Él me ha dicho que es de primera calidad, un libro notable.*

LEÓN TOLSTÓI, *Ana Karenina*

## En que se explica de qué irá este libro:

Tolstói escribió que Ana Karenina fue autora de un libro «de primera calidad... notable». Vordkief, el editor, lo quiso publicar (así atestigua Levin el día en que conoce a Karenina), ella no se lo cede, considera que es solo un borrador, algo en su relato la deja insatisfecha.

Después de este pasaje, Tolstói no vuelve a dar cuenta del manuscrito; omite contarnos que la Karenina lo retoma; en sus escasas mañanas de ánimo calmo, empieza por hacerle correcciones insignificantes, termina por reescribirlo de principio a fin, a cualquier hora, hasta convertir al manuscrito en un colaborador de sus noches de opio.

Ana dejó, pues, dos libros, el que conocieron sus contemporáneos y el que fuera su compañero hasta el final —la noche anterior a su caída escribió aún algunas palabras—.

Aquí el recuento de cómo salieron del olvido los folios de la Karenina, en 1905, en San Petersburgo. El relato es minucioso donde se tienen informes. Inserto en él, se reproduce el segundo manuscrito de Ana, en una versión apegada al original. La transcripción no altera las decisiones de Ana, aunque por su naturaleza de libro en proceso hayan sido muchas las tentaciones de precisar, limar o borrar.

El destino de Karenina traía grabado el suicidio. Las vías del tren fueron para ella el alfabeto que deletreó su muerte violenta. Pero las líneas en las palmas de Karenina no previeron el contenido de sus folios. Tampoco decían que un miembro de su familia los encontraría en los albores de la primera Revolución rusa. Aquí lo imprevisto por el destino de Ana:

Primera parte  
(San Petersburgo, 1905.  
Enero, sábado 8)

## La carrera de Clementine, la anarquista

A tiro de piedra de la majestuosa avenida Nevski, la bella Clementine, envuelta en una capa que en la carrera ha resbalado hacia sus espaldas dejando descubierta una línea del color rosa de su vestido y algo que lleva en brazos, advierte a un gendarme vigilante. Disminuye al acercársele su presurosa marcha, cambia de actitud, susurra un arrullo, «sh-sh-sh-sh». El uniformado la escucha, no desvía la mirada hacia ella, son demasiadas las miserables que deambulan cargando críos; para él, ésas no tienen la menor importancia; le han dado órdenes, debe estar alerta, esto no incluye fisgonear famélicas.

Clementine lleva la cabeza cubierta por una prenda cortada y cosida también por sus manos que le protege el cuello y se enlaza con su graciosa capa de retazos de diferentes pieles. Se detiene frente a un cartel mal reproducido, las imprentas se han sumado a la huelga: «Queda prohibido agruparse en las calles con fines ajenos al orden de la ciudadanía, so pena de muerte».

Reinicia su marcha, de nuevo veloz, se dice en silencio, «¡Acaban de pegar ese afiche!». Y repite sin parar, «¡Esto no pinta nada bien!, ¡nada bien!», con la frase aviva el paso.

Llega a la caseta del tranvía que corre sobre los rieles que reposan en el congelado río Neva. Pide su boleto, ida y vuelta.

—Es la última corrida del día, señora, va y regresa de inmediato.

Clementine duda.

—No tengo su tiempo, señora. ¿Ida y vuelta?

—¿Puedo usar el billete después?

—¡Por supuesto!



—¿Menor costo por viaje si compro ida y vuelta?

—¿Para qué pregunta si ya lo sabe?

—Deme los dos.

Clementine recorre el embarcadero repitiendo el «sh-sh-sh» del arrullo, entrega al jovencito que custodia la puerta del tranvía la mitad de su boleto, sube y ocupa el asiento del fondo a la derecha. El operador (y despachador de boletos) aborda el último. El jovencito que custodiara la puerta grita al operador, «¡Lo veo mañana!». El tranvía echa a andar.

Cruzan al otro lado del Neva y se detienen en la boca de un afluente del río, en el embarcadero Alejandro. Los pasajeros descienden, excepto Clementine. El operador le lanza una mirada de reojo, impaciente. Como Clementine no se mueve del asiento, la voltea a ver de frente, los brazos en jarras. Sin levantarse de su asiento, Clementine, arrebujada en su capa, dice:

—No bajo. Olvidé algo, tengo que volver.

—¡Mujeres! —masculla el operador—. Señora, ¡los tiempos no están para desperdiciar monedas! ¡Menos aún para gente como usted; qué modo de perder dinero...! ¡Piense en su niño, señora!

Clementine asiente con expresión apesadumbrada.

—Tiene usted toda la razón.

El operador le repite:

—Se lo dije, hoy no hay más corridas, es la última del día.

—¿Qué más puedo hacer? Debo regresar. ¡Tenga, mi regreso!

—Clementine hace el gesto de levantarse del asiento para entregar su pasaje. El operador le hace una seña negativa con las dos manos.

—No me dé nada. Hagamos de cuenta que no vuelve. Pero no se baje...

—No me iba a bajar.

—Ya no abra la boca, señora; no diga nada más, no vaya a ser me enoje. Quédese ahí.

Farfullando quién sabe qué entre dientes, el hombre se acomoda el cuello del abrigo y desciende del rústico tranvía para trabajadores. Cierra tras él la puerta.

Clementine se reacomoda en el asiento. La recorren pellizcos de nerviosismo, se los sacude agitando la cabeza. Bajo su capa, ex-

trae del bulto que lleva en sus brazos —al que ha cargado como si fuera su niño— una bomba casera. La desliza cuidadosa, acariciando con ella su tronco, su cadera, su pierna derecha, y la acomoda con cuidado bajo su asiento, sujetándola entre sus pies; se queda con el torso inclinado, para dejar la bomba escondida por su capa.

El operador abre la puerta del tranvía y desde el pie del vano revisa los boletos de los pasajeros que van entrando uno a uno hasta llenar el pequeño tranvía. Emprende la marcha.

Regresan hacia el embarcadero de la ribera sur. Apenas llegar, los pasajeros se apresuran a salir. Sin moverse de su asiento, Clementine se inclina aún más. Bajo su capa, manipula la bomba con las dos manos, tira con la derecha del detonador y la empuja hacia la esquina del fondo del tranvía. Se levanta, reacomoda su capa, pretende abrazar lo que le queda del falso niño y desciende la última de los pasajeros. El operador cierra la puerta del tranvía y, caminando más rápido que ella, deja atrás el embarcadero y se enfila hacia el este.

El viento sopla brutal, cargado de punzantes briznas de nieve. Clementine camina hacia el oeste, cada paso más largo que el anterior. Conforme va alejándose del embarcadero, su expresión cambia, de la satisfacción pícara pasa a las ansias de huir. Avanza haciendo un esfuerzo por no girar la cabeza, el oído alerta. Su semblante continúa modificándose, de la tensión al miedo, del miedo a la excitación, a la impaciencia, a la desilusión, al enojo. Masculla:

—¡Nada! ¡No estalló! Qué idiotas somos, ¡incompetentes!  
¡Tenía que estallar en un minuto, ya pasó de...!

No termina de decirse la frase por el miedo filoso. Sube el bulto que lleva en brazos (el falso niño) hacia su cuello, enreda la capa en su torso. Sigue caminando. Proveniente del embarcadero, se escucha un ruidillo. Similar a la flatulencia de un viejo —larga, calma, manifestación resignada de malfuncionamiento—, es un estallido ridículo, nada parecido al clamor de la pólvora que Clementine esperara oír y que debiera haber volado en astillas tranvía y embarcadero, roto los rieles, fracturado el helado Neva. Nadie correrá a ver de qué se trata.

Un largo minuto después, se escucha algo que no alcanza el

nombre de diminuto-estallido, como si cayera una muñeca de tela de un anaquel. Clementine, la expresión desencajada, da largos, apresurados trancos, deja la cercanía del río. Ve de reojo el cartel que le llamó la atención, el que alude a las manifestaciones. Encuentra otra vez al gendarme que la oyera arrullar al falso niño, finge otra vez el arrullo «sh-sh-sh» al pasar a su lado. Se contiene, no echa a correr. Seis pasos adelante, desmadeja el «sh-sh-sh» en una canción de Shevshenko. Calla. Piensa: «¡Esa bomba no servirá sino para hundirme a mí!», y apresura aún más su marcha.